

Discurso aniversario

12 años de la Clínica Universidad de los Andes

Muy buenos días.

Hace doce años abríamos las puertas de esta Clínica con una aspiración clara: que fuera una institución de referencia, capaz de unir una medicina de alta calidad, con una profunda vocación humana. Hoy, al celebrar este aniversario, podemos decir con legítima satisfacción que se han dado pasos muy importantes en esa dirección. Queda mucho por hacer; las instituciones vivas nunca están terminadas. Pero el camino recorrido es promisorio y nos permite mirar el futuro con confianza.

Quisiera detenerme en tres dimensiones de ese camino.

La primera es la calidad de la medicina que se ha ido desarrollando en la Clínica. Una medicina seria, rigurosa, exigente. Una medicina que aspira a la excelencia, no como una consigna, sino como una forma concreta de servir mejor. Porque la excelencia en salud no es un lujo ni una vanidad institucional: es una exigencia ética. Cuando una persona enferma confía en nosotros, nos entrega su fragilidad, su incertidumbre, su dolor, muchas veces su miedo. Y ante esa confianza, la única respuesta adecuada es hacer las cosas del mejor modo posible: con competencia, con prudencia, con humanidad.

Nos alegra ver equipos cada vez más consolidados, profesionales que se forman, que investigan, que innovan, que quieren ofrecer una atención de primer nivel. Y nos alegra que esa calidad no se entienda solo desde los resultados técnicos, sino también desde el modo en que acompañamos a cada persona. Una clínica universitaria no puede contentarse con curar cuando es posible curar, o aliviar cuando no lo es. Tiene también que acoger, escuchar, mirar al paciente y a su familia con respeto y con cariño. En una época en que la medicina avanza rápidamente en ciencia y tecnología, debemos recordar siempre que el centro de nuestro trabajo no es una enfermedad, ni un procedimiento, ni un indicador: es una persona.

La segunda dimensión es el creciente papel universitario de la Clínica. No es una institución aislada: forma parte de un proyecto universitario más amplio, en diálogo con nuestras facultades del área de la salud, con nuestros profesores, con nuestros estudiantes, con nuestros investigadores. Es hoy uno de nuestros principales campos formativos, y un lugar especialmente importante para transmitir el tipo de formación que queremos entregar.

Nuestros estudiantes no aprenden aquí solo conocimientos, técnicas o procedimientos. Aprenden también una manera de ejercer la profesión: a trabajar en equipo, a respetar a otros profesionales, a comunicarse con los pacientes, a comprender la dimensión

humana del sufrimiento. Aprenden, en definitiva, que la competencia profesional y la calidad humana no son caminos distintos, sino dimensiones inseparables de una misma vocación. En docencia hemos avanzado mucho. En investigación e innovación tenemos todavía un gran camino por recorrer, y también una gran oportunidad: construir una clínica universitaria donde el conocimiento no se quede en los laboratorios o en las aulas, sino que llegue al paciente.

La tercera dimensión, y la principal fortaleza de esta Clínica, son sus personas. Una institución de salud no son, en primer lugar, sus edificios ni sus equipos. Son los médicos, enfermeras, matronas, kinesiólogos,

tecnólogos, técnicos, administrativos y tantos otros que hacen posible que esta Clínica funcione todos los días. Personas que, muchas veces en silencio, permiten que los pacientes sean recibidos, atendidos, acompañados y cuidados.

A todos ustedes quiero expresarles, en nombre de la Universidad, un reconocimiento muy sincero. Gracias por la entrega cotidiana, por el trabajo bien hecho, por la capacidad de enfrentar momentos difíciles. Gracias a quienes han estado desde los primeros años. Y gracias también a quienes se han ido incorporando después, aportando talento y nuevas capacidades.

En toda institución viva hay momentos de tensión. Hay períodos más exigentes,

conversaciones difíciles, diferencias legítimas, heridas que pueden quedar abiertas. También nosotros hemos vivido recientemente momentos complejos, que han puesto a prueba nuestra unidad y nuestra confianza.

Quiero referirme a ello con franqueza, aunque con sobriedad. La confianza es un bien delicado. Cuesta mucho construirla y puede resentirse cuando atravesamos procesos duros. Es un deber de cada uno de nosotros redoblar esfuerzos para escuchar al otro, procurar comprenderlo, y siempre tratarnos con respeto

Lo importante, sin embargo, no es lo que ha quedado atrás, sino lo que decidimos hacer con ello. Y aquí tenemos dos caminos. Uno,

el más fácil, es seguir adelante como si nada hubiese ocurrido, dejando que las heridas se sedimenten en silencio. El otro, más exigente pero también más fecundo, es asumir que la confianza se reconstruye —y se reconstruye no con discursos, sino con gestos concretos de las distintas partes involucradas, con coherencia, con respeto, con conversaciones honestas, con cumplimiento de la palabra dada, con disposición a escuchar incluso lo que cuesta escuchar.

La verdadera medida de una comunidad no es la ausencia de conflictos, sino la capacidad de atravesarlos sin perder lo esencial: la misión común, el respeto mutuo, y la convicción de que quienes trabajan en

esta Clínica son, antes que cualquier otra cosa, personas trabajando juntas para servir.

Para cuidar bien a los pacientes tenemos que cuidar también la comunidad que los atiende. No puede haber verdadera calidad asistencial sin una comunidad interna sana, respetuosa, unida y confiada. Esa es una de nuestras tareas más importantes.

Hay una idea que resume bien lo que hemos querido construir desde el comienzo: poner a la persona en el centro. Al centro está el paciente que sufre. Al centro está su familia. Al centro están nuestros estudiantes. Y al centro están también quienes trabajan aquí. No es una frase decorativa: es una forma de organizar la vida institucional.

Y esto será todavía más importante en los años que vienen. La medicina entra en una etapa de cambios enormes: inteligencia artificial, medicina personalizada, cirugía robótica, terapias avanzadas. Nuestra Clínica debe estar en esa frontera. Pero debemos cuidar que el avance tecnológico no nos haga perder lo esencial. El futuro de la medicina no puede ser menos humano: debe ser más humano. Precisamente porque tendremos más tecnología, necesitaremos más criterio. Precisamente porque tendremos más datos, necesitaremos más sabiduría. Precisamente porque habrá más automatización, necesitaremos más cercanía.

Querida comunidad de la Clínica: este aniversario es motivo de legítimo orgullo, pero también de renovado compromiso. La historia que celebramos no pertenece solo al pasado: sigue escribiéndose cada día, en cada consulta, en cada pabellón, en cada conversación con un paciente, en cada gesto de colaboración entre colegas.

Sigamos cuidando este proyecto. Sigamos construyendo juntos. Sigamos poniendo a la persona en el centro. Y sigamos haciendo de nuestra Clínica Universidad de los Andes una institución de la que todos podamos sentirnos legítimamente orgullosos.

Muchas gracias.